

Frente al odio, la lección de Sabino

JESÚS PRIETO MENDAZA
ANTROPÓLOGO Y PROFESOR

Daría cualquier cosa por saber con certeza en nombre de quién se han cometido los actos que, según afirmación públicamente, han sido hechos en nombre de la patria» (Georg Christoph Lichtenberg).

El 20 de octubre de 2011, ETA declaraba el cese de su acción sanguiñaria. Hoy, después de cinco años en los que la botella está medio llena para algunos y medio vacía para otros, lo único real es que la sociedad vasca vive tiempos mejores. Esta nueva realidad que desde distintos entornos, no sólo desde el abertzale, se ha bautizado como «los nuevos tiempos» ha generado en nuestro cuerpo social unas expectativas de reconciliación que, quizás, pueden considerarse precipitadas a tenor de algunos indicadores. Sin negar avances, que los hay también en ese conglomerado que conocemos como izquierda abertzale, algunos segmentos ideológicos siguen mostrándose tibios con determinadas inercias del pasado que nos retrotraen más a los «tiempos de plomo» que a los «nuevos tiempos de paz». Las imágenes de un grupo significativo de jóvenes homenajeando a los presos terroristas, alabados como gudaris, en un instituto guipuzcoano, no son sino un inquietante indicador con respecto a la dirección que está tomando el relato sobre la violencia de justificación política llevada a cabo por ETA, especialmente cuando su contextualización en un contexto de «conflicto político» y en un marco confuso de diferentes violencias (franquismo, policial, sindical...) no consigue su objetivo de deslegitimación sino que, al parecer, resulta más bien justificadora gracias al mito «del conflicto». Los sucesos de Alsasua, aun reconociendo torpezas pretéritas por parte de la Guardia Civil, son otra muestra más de cómo determinado universo ideológico no está siendo desarmado intelectualmente sino que mantiene viva su acción violenta envuelta en la épica guerrera del pasado contra el diferente, siempre contra el «otro», el foráneo, el no euskaldun, el español, en este caso representado por la Guardia Civil, a quien previamente se ha deshumanizado para ser categorizada como perros, «txakurrak» que merecen ser arrojados (ospa hemendik!) o apaleados, como ha sucedido.

Algo debemos estar haciendo mal, y yo me interpeleo también como docente, cuando en los «nuevos tiempos» no somos capaces de buscar esa necesaria simetría que la reconciliación debe demandar. El filósofo Martín Alonso ya nos recuerda en su obra «Universales del odio» que «el modelo antagonista se ve obligado a conformar a las dos partes, pero presta especial atención al enemigo. La retórica agónica es asimétrica». Si el nuevo tiempo nos pide aceptar a

quien en el pasado fue connivente con los asesinos en el juego político actual y reconocerle el derecho a una segunda oportunidad en nuestro cuerpo social ¿acaso esta teoría ha de ser válida sólo para «los nuestros» y no para todos, también para la Guardia Civil? Por otro lado, hemos de preguntarnos también sobre las acciones emprendidas por las distintas administraciones durante cinco años para desactivar los mecanismos del odio en sectores, afortunadamente minoritarios, de nuestra juventud. No sé que diría Gabriel García Márquez al respecto, pero no me parece a mí que el amor esté triunfando sobre la cólera en esta Euskal Herria post-ETA, no al menos en algunos lugares en los que la escenografía festiva, envuelta en los colores de la bandera y siempre amparada bajo coartadas patrias (aberria), permanece igual que hace tres décadas.

Ante este odio inoculado, he recordado la gran lección que escuché de un hombre, Sabino, conocido personaje público, reivindicando la humanidad y el amor por encima de la lógica del odio. Fue en el marco de unas jornadas organizadas por Gestor por La Paz en 2010 y su contenido sigue teniendo para mí el valor de un gran regalo. «Mi padre fue gudari, mi abuelo tenía el Batzoki de Llodio antes de la guerra. A mi abuelo le mataron tres hijos, uno gudari del batallón Araba y dos hijas en un bombardeo. De seis le quedaron tres. Estuvo en la cárcel, represaliado por nacionalista, y al terminar la guerra tenía que presentarse en la Casa Cuartel de Orozko cada quince días a hacer la revista pues estaba en libertad condicional. Había allí un guardia civil que era sargento, era el comandante de puesto del cuartel de Orozko, y

bueno mi abuelo iba cada quince días, se presentaba, firmaba y tal. Y a los dos o tres meses ya vio que mi abuelo era una persona normal, un Labrador de Llodio y le dijo: Braulio, no vengas más por aquí, cuando yo pase por Areta, ya pasaré por tu casa y me firmas, no te molestes en venir hasta Orozko. De Areta a Orozko había seis kilómetros y había que ir andando. Pues esas dos personas... mi padre y el sargento –Lucio llegó a teniente coronel y a ser el comandante del puesto de La Salve– llegaron a ser íntimos amigos. Lo quiero contar porque fue así. Yo me acuerdo de haber merendado con ellos, porque mi abuelo tuvo otro bar en Areta y venía y merendaba con él y charlaban juntos. Llegaron a tener amistad porque por encima de todo están las personas. Mi familia nunca me transmitió odio. Con todo lo que se he contado, con todo lo que pasaron, porque lo pasaron fatal después de la guerra, jamás me han transmitido odio porque no lo tenían. Aquellos hombres llegaron a tener una amistad profunda porque estaban las personas por encima de las ideas, de los pensamientos y de las situaciones personales. Y fueron amigos entrañables. Y eso creo que es lo que deberíamos ser capaces de transmitir; superar ese odio y que al final veamos a las personas. Que no veamos ni colectivos, ni uniformes, ni nada. Somos seres humanos y cuando prevalece eso hay muchas cosas por delante para vivir y por lo que vivir».

Entre las imágenes de cólera, como las vividas en Alsasua, y el ejemplo de vida de Sabino hay una gran diferencia. Para mí, un abismo, el mismo en el que podrían precipitarse, si no se cuidan, nuestros anhelos de paz y reconciliación.

ANTÓN

